



Una historia que merece ser contada.

## Testimonio de Amparo Juan Izquierdo y entrevista a Natalia Arrieta

A story that must be told. Amparo Juan Izquierdo's testimony and interview to Natalia Arrieta

PAULA SIMÓN POROLLI

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL CUYO / CONICET (ARGENTINA) paulacsimon@gmail.com

**RESUMEN:** Amparo Juan Izquierdo (Torrechiva, Valencia, 1922 - Buenos Aires, 2012) fue una de las miles de españolas que, una vez finalizada la Guerra Civil Española, pasó por los campos de concentración franceses. En su caso, su destino fue el campo de concentración de Rouen, a donde llegó sola, luego de haberse desencontrado de sus hermanas en la frontera. Años más tarde, a principios de los cincuenta, Amparo emigró a Argentina junto a su marido y su hijo, y se radicó en Villa Tesei, provincia de Buenos Aires. Desde su casa, en marzo de 2012, nos contó su historia. Su testimonio se complementa con una entrevista a Natalia Arrieta, su sobrina nieta, a quien crió desde pequeña y quien se considera heredera de sus relatos sobre el exilio y la migración.

**PALABRAS CLAVE:** Exilio; Guerra Civil Española, Argentina, Testimonio.

**ABSTRACT:** Amparo Juan Izquierdo (Torrechiva, Valencia, 1922 - Buenos Aires, 2012) was one of the thousands of Spanish republicans who, after the Spanish Civil War, passed through the French concentration camps. Her destiny was the concentration camp of Rouen, where she arrived alone, after leaving her sisters in the border. Years later, in the early fifties, Amparo emigrated to Argentina with her husband and son, and settled in Villa Tesei, province of Buenos Aires. From his home in March 2012, she told us her story. Her testimony is complemented with an interview with Natalia Arrieta, her niece granddaughter, whom she raised as a child and who is considered heir to her stories about exile and migration.

**KEYWORDS:** Exile, Spanish Civil War, Argentine, Testimony.

Una tarde de verano, Amparo me contó su historia, una de las miles de historias de guerras y exilios que recorren el mundo. Como cada una, esta también tiene el valor de lo único y merece ser contada. Como muchos relatos de supervivientes, también este está colmado de movimientos: idas y regresos, encuentros y desencuentros; alegrías y sinsabores. La Guerra Civil, el exilio y los campos de concentración franceses dejaron huellas imborrables en su vida. De todas esas experiencias salió airoso y con la energía necesaria para criar hijos, llevar adelante un hogar e incluso adoptar a Natalia, la hija de su sobrina Elena, quien falleció cuando Natalia era apenas una niña.

Amparo Juan Izquierdo nació en un pueblito valenciano llamado Torrechiva el 14 de marzo de 1922. Era la menor de cinco hermanos: Juan, María, Paquita y Dolores. En esos primeros años de su vida no podía adivinar que la guerra iba a modificar sensiblemente el decurso natural de su vida que se desarrollaba apacible a orillas del Mediterráneo, en Arenys de Mar, Cataluña, donde se había mudado tempranamente con su madre y sus hermanas.

El cruce de los Pirineos hacia Francia en 1939 marcó el inicio de ese cambio de rumbo. Sola, afrontó el caos de la frontera y fue trasladada junto a otras mujeres y niños a un campo de concentración en Rouen. Luego vinieron los meses en la casa de una familia francesa que la adoptó y, por fin, la reconexión con sus hermanas, gracias a un cartero que la ayudó a encontrarlas. A eso le siguió el regreso a la España de Franco y los vaivenes económicos, hasta que se embarcó, junto a su marido y su hijo, a la aventura sudamericana. Llegó a Argentina por consejo de su hermana Dolores que allí la esperaba. Fijó en ese país su residencia junto a su marido Salvador y su hijo Jordi. Luego llegaron dos hijos más, José Luis y Norma, y la adopción de Natalia, su sobrina nieta. Aunque según ella no se pudo acostumbrar a Buenos Aires, no volvió nunca a España. Mantuvo correspondencia con su madre y con las hermanas que habían quedado en la península, María y Paquita. Ellas la mantenían informada de los sucesos familiares. La vida en Buenos Aires tuvo momentos tranquilos y momentos de zozobra. Recién los últimos años la encontraron rodeada de nietos y le permitieron disfrutar de una vejez sosegada. Sin embargo, en sus palabras se cuela, casi imperceptible, un dejo de nostalgia por el país que dejó.

Natalia es heredera de los relatos de Amparo. Los oyó a lo largo de su vida y forman parte del folclore familiar. Aunque Amparo se quejaba de que “nunca la escuchan”, Natalia cuenta las historias de su tía abuela casi como si fueran propias. Claro que, en algún punto, lo son. Quizás por eso, para Natalia y su familia, poder leer el relato de Amparo es una forma de homenajearla. Yo, por mi parte, no voy a olvidar el compromiso y la alegría con los que aquella tarde de verano en una pequeña ciudad del Conurbano bonaerense, Amparo, con sus casi noventa años, sintió que saldaba una deuda con su propia historia. .

### **“Me siento bien hablando; es como un desahogo”**

Desde que Natalia me comentó que su tía abuela Amparo había estado en los campos de concentración franceses, busqué insistentemente la forma de entrevistarla. El hecho de que ella

tuviera un gran deseo de hablar de su vida fue el motor principal para que Natalia y yo viajáramos desde Capital Federal hasta Villa Tesei, provincia de Buenos Aires, a visitarla cámara en mano.

Fue a principios de marzo de 2012, un día muy caluroso. Vivía en una casa muy acogedora, con aroma a familia. Los portarretratos sobre el aparador y los muebles daban fe de todos esos años que había entre la llegada de Amparo a Argentina y el presente. Se la notaba fresca y predispuesta, aunque un tanto nerviosa. Para ella, este encuentro significaba mucho y, me contaba Natalia, se había preparado para la ocasión. Sobre la mesa, una caja de lata con muchas fotos antiguas que me quería mostrar. Yo leí este gesto como el deseo de ilustrar su relato y, de ese modo, reforzarlo con fondos documentales –imágenes en este caso–, pruebas irrefutables de que lo que me iba a contar le había pasado de verdad. No pareció molestarse en absoluto con la invitación a ser filmada. Por el contrario, la cámara le dio más seriedad al asunto y se dispuso a ubicarse inmediatamente donde nosotras le sugerimos.

Lo que siguió a esos preparativos fueron cinco horas de conversación ininterrumpida; una charla que en realidad fue un monólogo que fuimos incapaces de interrumpir, una catarata de anécdotas que brotaban de su recuerdo con una minuciosidad asombrosa. Nombres, fechas, detalles que no quería dejar escapar. Iba y venía en el tiempo con maestría, hilvanando hechos que le ocurrieron a ella y a su familia con los grandes episodios del siglo veinte. Preocupada porque nada de lo que contaba se perdiera, nos preguntaba a cada rato si entendíamos, si nos quedaba claro.

El relato de Amparo tiene la magia del testimonio, un tipo de texto en el que el testigo no solo suele ser el narrador, sino también el héroe de lo que cuenta. Por eso Amparo se detiene en aquellas anécdotas que la tienen por protagonista, aquellas que recuerda con especial cuidado porque siente que su agencia en alguna medida incidió en el rumbo de los acontecimientos. Por eso subraya cada vez que les salvó la vida a sus hermanas, cada vez que resolvió un problema difícil, cada vez que superó una adversidad. También se detiene en los hechos que –por sorprendentes, repudiables o intolerables– se acercan a la ficción y que, por esa condición de increíbles, merecen ser contados. Las páginas siguientes son solo un extracto de esa tarde en que viajé con Amparo al pasado:

“Voy a empezar a contarte algo que ocurrió mucho tiempo atrás. Yo nací en Torrechiva, un pueblo muy chiquito de Valencia, entre las montañas. Torrechiva estaba encima de las montañas. Aunque mi madre, que había sido criada por un cura, estaba en una buena posición económica, Torrechiva era un pueblo miserable. No teníamos agua, había que salir a buscarla. A mi madre le hubiera gustado ser maestra, pero en aquel momento las mujeres no podían ir a la facultad. El cura que la crió le había enseñado de todo; era una maestra sin título. Mi papá era el molinero del pueblo. Teníamos el molino y mis hermanas iban a caballo por los pueblos repartiendo la harina que fabricábamos.

Yo llegué al mundo mucho después que mis hermanos. Mi hermano mayor podría haber sido mi padre. Dolores me llevaba veinte años; Paquita, quince. En esa época mucha gente era analfabeta, pero mi familia no. Mi hermano se fue a Barcelona porque no quería trabajar la tierra. En Barcelona

entró a trabajar en las oficinas del ferrocarril. Cuando mi mamá se quedó embarazada de mí, se enteró recién a los tres meses. Fue una sorpresa porque ella ya estaba en la edad de la menopausia. De hecho mi abuela me contó que ella había tomado unos remedios para abortar que no hicieron efecto. Mi mamá se culpaba por eso y creía que por ese motivo yo había nacido tan nerviosa.

Un buen día mi madre decidió que no quería que siguiéramos por los montes repartiendo harina. Entonces nos fuimos a Cataluña, pero sin mi padre, que era el dueño del molino y que ya estaba establecido en Torrechiva. Él no quería que nos fuéramos, pero mi madre siempre hizo lo que quiso. Llegamos a Cataluña y nos fuimos a vivir a Arenys de Mar. Vivíamos junto al mar. Yo me crié allí, donde mi madre comenzó una nueva vida lavando ropa. Ella rápidamente hizo muchos amigos: el cura, el médico y el farmacéutico... Todos eran muy fascistas. Incluso se relacionó con la casera de un hotel muy elegante de Arenys de Mar. De ese tiempo tengo una anécdota muy divertida con Alfonso XIII. Este rey estaba casado con una francesa y cuando iban a Arenys de Mar paraban en este hotel que era muy lindo, famoso por las langostas. Yo tenía cuatro años y estaba jugando en la arena. En esos días estaban adornando el jardín porque eran días de fiesta. Cuando el rey salió, yo me quedé mirándolo. Él entonces me preguntó “¿Qué pasa?” y yo le dije “¡Ay, es que usted tiene una nariz muy fea!”. A él le dio gracia porque vio en mí inocencia y sinceridad. Si hubiera sido mayor, quizás me fusilaban.

Estuve en Arenys de Mar hasta los veintiséis años, incluso cuando regresé de Francia, aunque a mi regreso pasé un tiempo en Mataró. Cuando era una niña, mi mamá me puso en una escuela de monjas. Allí conocí a muchas amigas, pero también disfrutaba de estar sola. Me gustaba ir a las playas de Girona, a la Costa Brava, porque se llenaba de pintores y yo los miraba. Allí vivía una de mis hermanas y siempre había como tres o cuatro artistas. Pintaban lo mismo, pero nunca eran iguales sus cuadros.

Mis hermanas Paquita y Dolores empezaron a tomar un rumbo diferente al que hubiera deseado mi madre cuando decidieron entrar en los sindicatos. Sin embargo, ella no se opuso. Entraron a trabajar en una fábrica textil en la que hacían medias de nylon. Dentro de los sindicatos empezaron a participar de reuniones que se hacían en los bosques. Venía gente de Barcelona, de Badalona, de Mataró y de otros muchos lugares. Mis hermanas me llevaban y yo jugaba allí con otras niñas. Lo hacían para disimular, para que la Guardia Civil no sospechara que se reunían. En esas reuniones preparaban las huelgas. Había oradores comunistas, socialistas y anarquistas. Nosotros jugábamos y comíamos frutillas. Eran tan ricas esas frutillas pequeñitas. Nosotros no prestábamos atención. Al final de las reuniones, nos subíamos a los colectivos que nos correspondían y volvíamos a casa. Los sindicatos tenían imprentas en las que hacían los panfletos que luego las mujeres, entre ellas mis hermanas, repartían. A veces dispersaban los panfletos a través de bombas que ellos mismos fabricaban.

En esos tiempos mis hermanas me sacaron de la escuela de monjas y me pusieron en la escuela del Estado. Yo lloré mucho porque había una monja a la que quería mucho. También lloré porque pensaba que me iba a sentir extraña en un lugar nuevo. Sin embargo, me sorprendí porque allí estaban todas mis amigas, a las que también habían sacado de la escuela de monjas.

Un día mi hermana Paquita cayó presa. Yo me enteré porque en la escuela me lo dijeron unas compañeras. No la llevaron a la Modelo de Barcelona, sino a una comisaría en Mataró. Allí estuvo Paquita presa como tres meses, hasta que ocurrieron las elecciones y llegó la República, en 1931. Como eran presas políticas, gozaban de privilegios que las presas comunes no tenían. Cuando Maciá salió electo, hicimos una fiesta grandísima en el pueblo. Los simpatizantes del fascismo, como el farmacéutico, se fueron.

En esos años, hasta que empezó la guerra, pasó de todo. Cerca de la escuela había un convento de monjas de clausura. Con mis compañeras les hacíamos una picardía que nos daba mucha gracia. Ellas tenían un molinete por el que les pasaban comida. Les ponían un canasto con mercadería porque nunca podían salir. Nosotras a veces les poníamos algo pesado en lugar de mercadería y nos íbamos. Un día escuchamos que estaban quemando el convento de las monjas de clausura. Corrimos para ver si finalmente podíamos ver a algunas de ellas. Pero no, las habían evacuado y se estaban llevando todas sus cosas: sus vajillas, sus colchones... Tenían unas cosas finísimas. Mis hermanas salieron a buscarme desesperadas. Eso era un desastre.

Mi pueblo estaba cerca de la carretera que iba para Francia. Un día vi que pasaban camiones con gente que iba preparada para la guerra. Eran los de izquierda, republicanos y anarquistas, todos juntos. "Balcones cerrados y persianas tiradas para arriba", decían todos. Pero yo, caprichosa, me puse en el balcón y pude ver cómo pasaban los camiones armados hasta los dientes. Buscaban atacar por el norte. De repente, uno de los soldados me apuntó y me dijo que me fuera para adentro. Yo me asusté, salí corriendo y me escondí bajo la cama. Mis hermanas tardaron en encontrarme esa vez.

El día que estalló la guerra, yo estaba en la escuela. La señorita nos pidió que nos fuéramos directamente a casa. Casi inmediatamente mis hermanas se fueron a Barcelona. Querían anotarse para ir al frente como camilleras y así lo hicieron. Ellas buscaban a los heridos y los llevaban a la primera cura, antes de que los trasladaran a los hospitales. A mis dos hermanas, Paquita y Dolores, las casó el comandante. De hecho Dolores se quedó en Belchite con su marido hasta el final de la guerra. Mis cuñados lucharon en el frente, uno como capitán y otro como teniente, y nunca abandonaron la guerra. El abuelo de Natalia, marido de Dolores, ganó una medalla de honor por enfrentar a los franquistas hasta el final. Cuando ocurrió la retirada, todos empezaron a correr, pero mi cuñado tomó una ametralladora y los enfrentó. Les dijo a los soldados republicanos que ellos no iban a ser cobardes, que iban a dejar que los civiles tuvieran espacio para irse de España. Eso salió en el boletín y yo lo leí. Pero nadie se enteró. Yo me lo callé porque si lo decía, igualmente no podría reclamar su medalla en la España de Franco y posiblemente lo iban a matar. Nunca lo supo nadie. Terminó en un campo de concentración en España, aunque su plan era tomar un barco para salir del país, que estaba preparado para los oficiales. Ni ellos ni mis hermanas pudieron llegar a ese barco porque Franco ya había tomado Valencia.

Mientras transcurría la guerra, yo estaba en casa con mis padres. Cuando había bombardeos, los pasábamos en los refugios. A mí me gustaban los refugios de las montañas; yo me iba para allí. Corríamos con mi madre y con mi hermana María, que estaba con nosotros porque ya tenía una nena. En los refugios toda la comida era racionada. Un día con una amiga salimos a pedir verduras por las

huertas, pero nadie nos quería dar. En eso estábamos cuando vi una avioneta que volaba bajito. Iba una sola persona, tapada con la ropa de los aviadores. Arrojó algo al mar y salió una llamarada de humo. Nunca supe qué fue lo que tiró, pero sí supe quién era aquella persona. Una tarde fui a la farmacia y escuché la historia del mismo farmacéutico. Él no me atendía y, mientras me dejaba de lado y cerraba la puerta, se lo contaba a otro vecino, asegurándose de que yo lo oyera bien. Había sido él mismo, que iba a ver cómo se formaban los nidos de ametralladora. El farmacéutico era un espía de Franco.

Esos años de guerra fueron terribles. Desde los doce me gustaba un chico, un vecino del barrio. Era más grande que yo, tenía dieciséis y era parte del grupo con el que yo iba al club. Un día se fue a la guerra. Al tiempo su primo me contó que su tía había recibido un telegrama: este chico había muerto. Me cayó como una piedra. Me fui a la pieza y me quedé mirando un punto fijo, como hacía siempre, hasta que llamé la atención de mis hermanas, que no entendían qué me pasaba. Hasta hoy lo recuerdo, lo tengo guardado en un pedacito de mi corazón. Una guerra civil es peor que una guerra de una nación a otra. Si alguien te tenía bronca, te mandaba a matar.

Sobre el fin de la guerra, mis hermanas le escribieron desde Valencia a mi madre y le pidieron que me enviara con ellas. Pero mi madre, por miedo a las represalias que podían tomar conmigo, decidió llevarme a la casa de nuestros vecinos que vivían arriba. A mí los de arriba me querían mucho, yo tenía allí a mis amigas. Tocamos la puerta, pero no querían abrirnos. Cuando me vieron, nos abrieron. Ahí vimos que estaban todos los hombres reunidos. Estaban armados hasta los dientes. Mi madre les dijo que quería que yo me quedara con ellos. Pero el padre de mi amiga le dijo que no era seguro y nos dio la contraseña para que fuéramos con las mujeres, que estaban en resguardo a la espera de que los hombres las fueran a buscar. Hasta allá fuimos. Nos abrieron cuando les di la contraseña. ¡La alegría que les dio vernos! Allí estaba Camila, una de mis amigas, que le dijo a su madre: “Ahora tenemos una hija más”. Mi madre me dejó allí y se volvió al pueblo. Al tiempo llegaron los hombres, nos subieron en los camiones y yo me fui con la familia de mi amiga. Mis hermanas Dolores y Paquita se fueron en otros camiones que salieron desde Valencia.

En el camino nos ametrallaban. ¡Las muertes que hubo! Cuando venían las metrallas, había que saltar del camión y arrinconarse en las cunetas. Ya cerca de Francia nos dejaron en paz. En eso, una de mis amigas, la que había estado con mis hermanas en las trincheras, vio a una de ellas. Era Paquita, que iba con mi sobrina Alba, de catorce meses. Ahí me di cuenta de que mis hermanas también se habían separado. Yo dejé a mis amigas y me fui a buscar a Paquita que estaba en otro camión. Era larguísima la fila de camiones a Francia. Iba con dos chicas, una de ellas con un pie herido. Le dije a mi hermana que fuéramos caminando ya que los camiones iban muy lento. Entonces cargamos a la chica que tenía el tobillo herido; casi no podía caminar. Mi hermana llevaba un bolso con las joyas de la familia, pero como nunca me dijo nada, yo se lo puse en el pie a la chica herida para que lo sostuviera en alto. Mi hermana, mientras tanto, estaba desesperada porque la nena tenía la frente calentita. Hacía un frío increíble. Era una fila de hormigas. Era una noche sin luna y empezó a llover. De repente vi un coche, en el que debía ir un personaje muy famoso; iba con una tropa armada que lo secundaba. No sé de dónde venía. Había un hombre solo atrás y el chofer, adelante. No les vi la cara

porque era una noche muy oscura. Golpeé los vidrios del auto, aunque ellos se hacían los tontos. Seguí golpeando y al fin, desde atrás, el hombre le hizo señas al chofer con el bastón para que bajara la ventanilla. Le dije: “Mire, voy con mi hermana que tiene una nena con fiebre. Está lloviendo y si se moja...”. Le abrieron la puerta y mi hermana se subió con la nena al coche.

Yo me quedé con las dos amigas. Comenzó a llover muy fuerte y el paraguas que teníamos no nos servía. Nos pusimos debajo de un camión con los barrotes bajos. Cuando me quise acordar, el coche ya no estaba. Entré en un estado de shock, había perdido a mi hermana. Me sentía como en las nubes, no era yo. Las chicas se dieron cuenta y nos sentamos en los travesaños debajo del camión. Llovió toda la noche, el agua pasaba debajo de nosotras como un río. Cuando empezó a amanecer, salió el sol. No sentía ni los pies ni las manos. Pero decidí ir a buscar a mi hermana, aunque tenía los pies congelados. Empecé a sentir un hormigueo, pero no le hacía caso. Hasta que llegué a la frontera.

Aquello era un infierno, algo impresionante. Eso hay que verlo porque por más que te lo expliquen no lo vas a entender. ¿Qué necesidad tenían de sacar a los heridos de los hospitales? Algunos no tenían brazos, otros no tenían pies. Yo estaba en las nubes, no puedo decir el estado en que me hallaba. De repente, me encontré un cántaro en la mano, no sé quién me lo dio. Había una fuente y me vi repartiendo agua a todos los que estaban allí. Cuando me tocaba darles agua a los que no tenían brazos, me recorría un sudor frío por el cuerpo. Estuve tres días buscando a mi hermana, mientras el pie de mi compañera cada vez se hacía más grande. Me había quedado sola.

No encontré a Paquita. Me imagino que luego habrá pasado con el coche, pero es lo que me imagino porque en realidad cuando nos encontramos, Francia no existió. No salió jamás la conversación. Yo supe algo lo que les pasó a Dolores y Paquit, pero ellas nunca supieron lo que me pasó a mí. No les conté porque ellas me habían abandonado. Yo no tendría que haber salido de casa. O también podría haber bajado del camión cuando pasé por Mataró, donde vivía mi hermana María... Pero no me di cuenta, iba con mis amigas, distraída.

Decidimos que yo pasaría a Francia para buscar una ambulancia. ¡Qué miércoles! No había nada. Pasé, en realidad, me pasaron. Me encontré en Francia sin darme cuenta. De repente, cerraron la frontera. No sé quién me subió a un camión. Solo sentí unos brazos que, desde atrás, me arrojaron adentro del camión. Me llevaron a una ciudad cercana a Perpignan. Allí me dieron, después de siete días, la primera comida: un puré de papas con manteca. Había unos comedores en los que nos recibían.

Luego nos volvieron a subir a un camión. Me sentí muy mal porque no pude volver hasta donde estaban mis compañeras, no pude avisarles. Dejé incluso el bolso donde estaban las joyas. No sé si pasaron la frontera. Entonces me llevaron a la estación de tren. Allí estuvimos tres días, sin comer. Ni un vasito de agua nos dieron. La primera parada fue en Burdeos y luego salimos camino a Toulouse. Allí arrancó el tren de vuelta, pero fue corto. Llegamos a Angoulême. Allí nos esperaban unos micros, pero se ve que el campo de concentración estaba todavía siendo arreglado; había sido un campo de la Primera Guerra Mundial. Éramos solamente mujeres y niños los que viajábamos en ese tren. Los hombres se habían quedado en las playas; muchos murieron de frío. Les dieron madera para que se hicieran refugios.

En Angoulême nos dejaron siete días en un garaje, estábamos de paso. Éramos como sesenta personas apretadas. Por toda cama teníamos paja. Había un solo baño que duró limpio solo un día. Un negro –yo no había visto nunca un negro– venía en una camioneta y nos daba una comida asquerosa. Aquello era un chiquero, estábamos amontonados y no nos podíamos mover. Yo me llené de bichos. No sabía que se podían criar piojos en la ropa. Una señora me dijo que había piojos de cabeza y piojos de ropa. No sabíamos si era de día o de noche porque no había ventanas. Otra señora a mi lado había tenido un bebé hacía unos días en un camión, pero cuando se bajó a hacer sus necesidades el camión había partido y su bebé se le había quedado adentro. Ella lloraba del dolor de pecho que tenía. Me pidió que le ayudara a sacarse la leche, pero yo no pude porque me dio impresión. No pude ayudarla y me sentí tan impotente que me puse a llorar. Me dolió mucho no poder ayudarla.

Había en el campo una diputada que luego formó gobierno en México. No recuerdo su nombre. Nos trajo un guiso en los que los gusanos eran más grandes que los porotos. La diputada nos pidió que hiciéramos una huelga de hambre porque allí no se podía vivir. A los siete días de huelga, nos enviaron comida. Vinieron, además, enfermeras y médicos. Yo seguía haciendo lo mismo: me quedaba aislada mirando un punto fijo, como ausente. Era mi posición, no hablaba con nadie. Unas monjas vinieron a ayudarnos con la higiene. Nos obligaban a sacarnos la ropa y yo no quería saber nada. Sentía mucho pudor. Con una máquina del ejército nos lavaron la ropa y las monjas nos rociaron con un líquido que nos sacó los bichos. Nos cambiaron la paja, sacaron la mugre. Nos vacunaron y nos pusieron inyecciones.

Una vez que terminó todo esto, nos trasladaron al campo de prisioneros, que para nosotros era un campo de concentración. No éramos prisioneras, éramos refugiadas que escapábamos de Franco. Había siete barracas; en cada una cabíamos doscientas personas. Llegó gente de otros refugios. Otra vez paja, nada de colchones. No me hice amiga de nadie, solo tenía compañeras de infortunio. Allí comencé a ver el sol, me sentaba sola a mirarlo. En el campo la comida era buena y se rumoreaba que el gobierno republicano pagaba por nosotros. También se decía que les daban doscientos francos a las familias francesas que quisieran adoptar a algún niño de los campos temporalmente. En la puerta del campo había un par de gendarmes que no nos dejaban salir porque decían que estábamos en cuarentena. Cuando se daban la vuelta, aparecían algunos franceses que se burlaban de nosotros. Nos gritaban “¡comunistas!” porque creían que todos lo éramos. A mí me daba mucha bronca que nos arrojaran caramelos y galletitas como si fuéramos elefantes cocodrilos. Nunca toqué nada de lo que tiraban; me lo tomé muy mal.

A los cuarenta días, nos sacaron de cuarentena y abrieron las puertas. Entonces podíamos salir un rato a la ciudad. Yo no iba a la ciudad, sino que aprovechaba para acercarme al río junto a otras chicas y así poder lavarme. No se nos ocurría escaparnos; no hubiéramos sabido dónde ir. También había una escuela en el campo para que los niños no perdieran el año. Los que hacían de maestros sacaban a los niños a pasear a la ciudad. Un día, después de casi un año, a una señora le llamó la atención que yo no tomara nada de lo que arrojaban los franceses. Esta señora, que vivía con su marido y tres hijos, me llevó a su casa. No me sentí bien allí; no nos entendíamos con la Madame. Los hijos, además, me gastaban bromas. Una de ellas no me la olvido nunca. A mí me gustaba ir a un

campo de margaritas. Armaba los ramos y los llevaba a la casa en la que no había nunca flores porque la Madame era muy agría. Un día me gastaron una broma que me pesó mucho: me hicieron un ramo de ortiga y me lo refregaron por la cara. Se burlaban de mí porque me gustaba oler las flores. Me pasé varios días con un ardor horrible, sacándome espinas de todo el cuerpo...

Me llevaba mucho mejor con la vecina, con quien a veces conversaba. También conocí al cartero. Cuando él pasaba, yo lo esperaba. Sabía que nadie me iba a escribir, pero el hombre se dio cuenta de que yo lo esperaba. Un día se acercó y me preguntó si estaba perdida. Le dije que sí, que buscaba a mis hermanas. Me prometió que él se ocuparía. Al tiempo volvió con un vino y dos copas, listo para brindar. Me dijo: "Traigo noticias". En un papel, que era en realidad un diario en el que aparecían los nombres de los españoles refugiados en Francia, aparecía el de mi hermana Paquita. El cartero se ocupó de todo: me consiguió la dirección de Paquita y empezamos a comunicarnos por carta. Ahí me enteré que su nena, Alba, había estado muy mal, con neumonía, pero que se había recuperado. Supe también que estaba en la casa de una señora con la que hizo amistad. Pero no sé ni dónde ni con quién porque nunca hablamos de esto. También empecé a escribirme con Dolores; Paquita me puso en contacto. Ella estaba en la casa de otra familia.

Cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial yo estaba en esa casa, pero quería irme de nuevo al campo de concentración. Aunque el Monsieur quería que me quedara, a mí no me gustaba estar allí. Entonces logré regresar a Rouen. Si bien en el campo no hice amistad con nadie, sí se armó un grupito de chicas con las que íbamos a lavarnos al río. Pero al tiempo empezaron a evacuar el campo porque los alemanes lo querían para llevar allí a sus presos. Por carta, mi hermana Paquita me obligó a anotarme en unas listas para volver a España. Yo lo hice y así fue como, junto a otras mujeres, nos enviaron a Angoulême, esta vez a pie. Éramos como setecientas personas caminando. Yo tuve la suerte de que me subieran, junto a otros chiquitos, a un camión. Cuando llegamos a la estación, sin documentación ni dinero, me encontré con un grupo de gente que estaba en la misma situación de yo. Venían de otros puntos de Francia. Estábamos ahí, todos a la buena de dios. Pronto me convertí en la intérprete porque entendía bien el francés. Había que preguntar en cada estación cuál era la vía en la que había que esperar. Fueron tres días de viaje, otra vez sin comer. Cuando llegamos a la frontera, supimos que había que pasarla caminando porque las vías no coincidían. Otra vez a subir y bajar montañas. En la frontera me separaron del grupo por ser menor. Tuve que pasar la noche en la estación, luego de que me hicieran un interrogatorio del lado de España. Mi hermana me había advertido que respondiera solo con "sí" o "no". Por eso cuando me preguntaron si estaba sola, yo respondí que "sí". Al otro día me subieron a un tren con destino a Barcelona. No me dejaron bajar ni en Arenys de Mar ni en Mataró. En Barcelona me subieron a una camioneta del Ejército y me llevaron al Palacio de Justicia. Era un edificio bellísimo. Allí, por primera vez en dos años, vi una cama. Desde la ventana, tenía toda Barcelona a mis pies. Al otro día me vacunaron, me asearon, me dieron inyecciones. Me volvieron a interrogar, aunque ya para mí eso era terreno conocido. También me extendieron un salvoconducto para que viajara a Mataró a reencontrarme con mi familia. Me senté sola en el tren, estaba muy cohibida y temerosa de que me pidieran el boleto.

Me siento bien hablando; es como un desahogo.

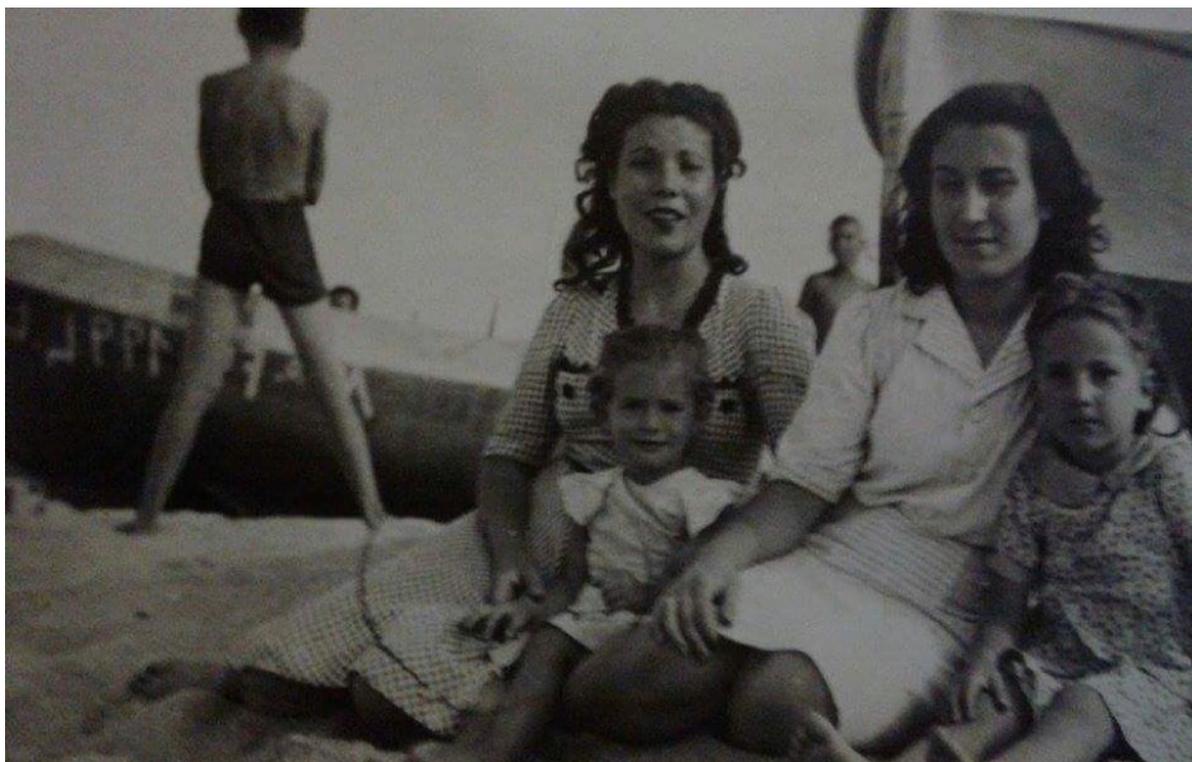
Cuando volví, me quedé en Mataró. Mi hermana Paquita nos indicó que fuéramos allí porque sabíamos que ahí no había peligro de nada, ya que era una ciudad republicana. Yo llegué primero y a los dos días llegó ella. Me puse a trabajar de sirvienta. Mi hermana se puso a trabajar en otra casa. Pero a mí no me gustaba ese trabajo porque estaba acostumbrada a que mis hermanas me hicieran todo. No comía la comida que me servían en la casa. La que me ponían se la daba al perrito mientras no me miraban. Hasta ahora, cada vez que tengo un disgusto, se me cierra el estómago y no puedo comer. También he tenido muchas pesadillas. Soñaba que me perdía y me perdía...

Cuando cobrábamos, le dábamos el dinero a mi madre, que venía a visitarnos desde Arenys de Mar. Ella hacía paquetes de comida y los enviaba a los campos de concentración en que estaban mis cuñados. Un día en el mercado me encontré con Pedro, el hijo de una vecina, Filomena, que me quería mucho y que tenía unos viñedos. Yo me escondí cuando lo vi. Pero él me reconoció y cuando fue a su casa, le contó a su madre que yo había regresado. Filomena, que ya me había reclamado antes de la guerra, fue enseguida a la casa de mi madre y le pidió que yo volviera a Arenys de Mar, a trabajar a su casa en los viñedos. Para entonces mi mamá había perdido todos sus ahorros, los franquistas nos habían quemado todo nuestro dinero. Mi padre, además, ya era anciano y trabajaba como peón de jardinero. Filomena me conocía desde pequeña y me trataba como a una hija. Allá estuve un buen tiempo. Mi madre me visitaba todos los días, pero no estaba en condiciones de mantenerme. Entonces volví a Arenys de Mar, a la casa de Filomena por bastante tiempo...

A mi marido lo conocí en la playa de Mataró. Él era vecino del marido de Paquita, me lo presentó un domingo en la playa. Era ocho años mayor que yo. El primer día me quiso sacar una foto y yo me negué. En grupo, sí, pero sola, no. Al fin acepté y me dejé sacar una foto sola. Cuando nos casamos, en 1948, nos fuimos a vivir a lo de mis suegros. Mi hermana Dolores vivía entonces en una casa que no era muy linda. Había escasez de viviendas, las ciudades estaban destrozadas.

El viaje a Argentina fue por culpa de mi hermana Dolores, que tenía un cuñado acá, hermano de su marido José, y los entusiasmó. Se pensaron que aquí tendrían un mejor porvenir que en España. Se vinieron en 1949, dos años antes que yo. Aunque mi hermana tenía dos hijas, Elena y Germina, me tenía a mí como hija y yo hacía lo que ella quería. Me pintó la Argentina como si fuera un paraíso. Me escribió cartas todo un año y me convenció de que mi esposo tendría un mejor trabajo aquí. Cuando llegamos, yo ya tenía a mi hijo mayor, Jordi, que tenía dos años, y estaba embarazada de José Luis. Salvador, mi marido, entró a trabajar a la Phillips porque tenía un título de técnico, que era su ilusión en España. Mi hermana me llamó porque se sentía sola, pero yo no me acostumbraba a la Argentina, yo me quería volver. Yo que pensaba que iba a encontrar el paraíso que decía mi hermana, me encontré con todo barro. Yo no conocía el barro que había acá. En Europa no había barro. Villa Tesei eran cuatro casas. En Hurlingham estaban solo los ingleses. Por acá solo había portugueses e italianos. Yo me hice amiga de los portugueses. Los españoles tiraron para Córdoba.

No volví a España. No quise ir por no dejarlos a mis hijos solos”.



De izquierda a derecha: Amparo, su sobrina Elena, su hermana María y su sobrina Alba.

## La herencia del exilio

Natalia Arrieta tiene 37 años, vive en Buenos Aires y es psicóloga. Perdió a sus papá y a su mamá, Elena, sobrina de Amparo, cuando era muy pequeña. Su tía abuela, Amparo, decidió adoptarla. Natalia creció escuchando los relatos de su tía abuela –de su abuela, como la llamaba ella– sobre la España de la infancia, la Guerra Civil, los campos franceses y la posguerra. Aquellas historias remotas en un lugar que le era tan ajeno como España cobraban para ella una presencia inapelable cada vez que eran convocadas por Amparo. Los relatos de Amparo forman parte de su propia historia, pasaron a su vida en forma de herencia. Las preguntas que respondió en la siguiente entrevista hacen foco precisamente en cómo incidieron en ella los relatos de Amparo, es decir, en la percepción de esa herencia que forma parte de su propia vida.

*¿Cuándo tomaste conocimiento de la historia de la vida de tu abuela y cómo circulaban esos relatos en tu familia? ¿Hay algo que recuerdes especialmente de sus relatos?*

De alguna manera la historia de mi tía abuela estuvo siempre presente en mi vida. Una de las cosas que me acuerdo es que en mi casa se consumía de todo, menos polenta. Aunque alguna vez le pedí que me la preparara, quizás después de haberme enterado que era un plato habitual en otras familias, Amparo la odiaba y siempre se negó a cocinarla. Me explicaba que le tenía rechazo porque en la guerra se la había pasado comiéndola con gorgojos. Le repugnaba, se había jurado nunca más comer polenta. Tenía una cuestión fuerte con la alimentación.

En casa pasamos por distintos momentos económicos, algunos mejores y otros peores. Recuerdo que “en las malas” quizás no había dinero para asistir a cursos de dibujo o clases de piano o las zapatillas de moda que tenían mis amigas, pero la heladera siempre estaba llena de todo tipo de alimentos, hasta cosas que quizás eran lujos para la época. Por ejemplo, siempre había Coca Cola. En ese entonces empecé a tener la idea clara de que ella había conocido el hambre en primera persona y me di cuenta de que algo que siempre le preocupaba era el hecho de que nos pudiera faltar qué comer.

Otro de mis recuerdos es que los domingos, pasara lo que pasara, se escuchaba una radio con las noticias de España. Mis tíos abuelos –él catalán, ella valenciana- le prestaban mucha atención y discutían en catalán los acontecimientos que ocurrían. Ellos pensaban que yo no entendía, pero si bien nunca aprendí a hablar en catalán con tantos años de escucharlos logré comprenderlo. Recuerdo que alrededor de los 13 años venían mis amigas a casa y se reían cuando los escuchaban porque no tenían idea de que ese modo de hablar era un idioma. Más de una vez me explicaban que ser catalán no era ser español. Yo no entendía a qué se referían porque lo que me enseñaban en la escuela en Buenos Aires era que Cataluña es una provincia de España. Cada vez que decía que ellos eran españoles se encargaban de aclararme que Cataluña era un país aparte.

*¿Cómo describía Amparo su exilio en Francia, su paso por los campos franceses y, más tarde, su emigración a Argentina? ¿Qué era lo que más destacaba de sus experiencias de vida?*

Recuerdo que, a pesar de haber vivido muchas cosas fuertes, hasta sus 90 años Amparo siempre fijaba sus recuerdos en España, en su infancia, en los inicios de la guerra, en su exilio en Francia y en los años de la posguerra. Eran recuerdos a los que volvía una y otra vez y me sorprendía que, por lo contrario, no recordara cosas de los últimos años, o incluso de su etapa en Argentina. A pesar de que había llegado a Buenos Aires con 29 años, muy joven, siempre traía a su memoria aquella etapa de la guerra y hacía relatos muy detallados de lo que había vivido. Tenía recuerdos muy nítidos de aquellos tiempos: experiencias fuertes, dolorosas, que requerían de muchísima fuerza espiritual para poder superarlos y de un gran deseo de vivir. Y no es que ella no hubiera transitado experiencias fuertes o dolorosas después, pero de alguna manera aquellas vivencias le habían marcado la vida. La habían hecho ser quien fue.

Amparo describía su exilio en Francia como la experiencia de mayor soledad y, haciendo un juego válido con su nombre, de desamparo que había tenido que atravesar. Era una experiencia que transmitía con su mirada, con su modo de encarar la vida y con su regreso una y otra vez a esos recuerdos que relataba de manera muy anecdótica, aunque con un dejo de sorprendente actualidad. Como si al revivirlos en su memoria hubiera tenido la oportunidad de sanar algo. Lo impresionante es que siempre los contaba igual, con palabras muy parecidas. Todos en la familia conocíamos esos relatos de memoria y era llamativo cómo se las ingeniaba para volver a esa etapa de la vida aun en conversaciones que no tenían nada que ver con sus recuerdos. No me olvido de una vez –en un día de verano, en enero, de esos días porteños con muchísima humedad–, su yerno se quejó del calor delante de ella y ella le contestó: “Vos te quejas del calor....yo pasé una guerra”. Cuando terminó de decirlo y nos reímos ella cayó en la cuenta de lo que había dicho y rió con nosotros. Pero de alguna manera esa etapa de su vida se le había hecho parte de su carne y le era inevitable llevarla con ella siempre.

De todo lo que ella vivió creo que lo que más la marcó, por decirlo de alguna manera, fue la pérdida de su familia en la frontera con Francia. Ella relataba que aquello fue un caos, un mar humano que intentaba cruzar desesperadamente a Francia, asumiendo que en este cruce tendrían “una oportunidad”.

*En tu condición de nieta de Amparo formás parte de una segunda o tercera generación de exiliados españoles, has heredado esa experiencia a partir de la transmisión de sus relatos. ¿En qué medida y de qué manera te sentís heredera de esa experiencia? ¿Qué implicancias tuvo o cómo influyó la historia de tu abuela en tu propia vida, en tu historia personal y en tu percepción sobre la historia reciente de la Guerra Civil y sus efectos?*

Aunque ella trataba de explicarme con detalle cómo había sido aquella experiencia y yo intentaba imaginármelo según sus descripciones, siento que al día de hoy lo entiendo solo vagamente. Amparo contaba que cerca de la frontera perdió a su hermana Paquita y a su pequeña sobrina Alba, quien entonces volaba de fiebre, porque ellos consiguieron huir en un auto al que Amparo no logró subirse. Ella tenía 13 años en ese momento. Cuando se refería a su infancia, se describía a sí misma como una niña siempre mimada por todas sus hermanas mayores. Sin embargo, en esos momentos en que debía huir de España sentía que su tierna infancia le estaba siendo arrebatada, porque la vida la estaba enfrentando al abandono y a la necesidad de “crecer de golpe” para sobrevivir. Pasó dos o tres años en un campo de concentración francés –así los llamaba ella, aunque los franceses los definían como campo de refugiados–, hasta que logró reencontrarse con su familia. Yo no puedo dejar de imaginarla en su proceso de convertirse, de alguna manera, en “otra persona”, una adulta. No solo porque esto le sucedió en una edad crucial para cualquiera –el cambio de los 13 a los 16 para todos es el pasaje de la infancia a la adolescencia–, sino también porque la experiencia misma de la guerra y el encierro en Francia, la separación de su familia y de su país de origen la hicieron ser quien fue.

Quizás vale la pena contar un poco de mi historia para que se comprenda quién era ella y cómo entiendo yo que esa vivencia de vida la hicieron ser quien fue.

Yo me quedé huérfana primero de mi papá a mis dos años, y más tarde de mi mamá Elena, sobrina de Amparo, a mis 4 años. Ella era muy unida con mi mamá, la quería muchísimo como sobrina. Primero cuidó mucho de mi mamá, quien vivió muchos años enferma, quizás como consecuencia indirecta de la guerra también. Mi mamá había nacido en 1941 y casi se muere al nacer porque sus padres, mis abuelos, estaban muy mal alimentados y empobrecidos en los años de posguerra. Ellos, como tantos inmigrantes, habían decidido probar suerte en Argentina. Un par años más tarde llegó Amparo con su marido Salvador, su hijo Jordi de dos años y medio y embarazada de su segundo hijo, Jose Luis. Luego tuvo una hija más que se llama Norma. Mi mamá, por su parte, tenía una hermana menor, Germina, que murió de leucemia en 1955 o 1956, con 11 años. En los años setenta murieron mis dos abuelos, primero José; más tarde Dolores. Mi mamá, por tanto, quedó huérfana a sus treinta y pico, pero debido a su enfermedad requería cuidado y supervisión. Fueron Amparo y Salvador quienes se ocuparon de velar por ella el resto de su vida. En diciembre de 1983, con 42 años, murió Elena, también de un paro cardíaco, algo muy inesperado para todos ya que era muy joven. Yo me quedé huérfana y “desamparada”. Amparo con 58 años, habiendo criado a tres

hijos y casi a una sobrina que requería mucho de su atención aun en la adultez, me adoptó y me crió como a una hija/nieta. Me dio amor, educación, me enseñó de la vida, me transmitió valores, me mostró sus heridas y me hizo en gran parte ser quien soy hoy. Es cierto que nuestra relación también fue conflictiva. Creo que en parte por la gran diferencia generacional, pues ella era una abuela que debía comportarse como una mamá y por otras cuestiones más personales, desencuentros. Pero algo que me quedó en la memoria es que ella me decía siempre a modo de elogio que yo soy “muy corajuda”. Lo decía como si fuese algo ajeno, algo que veía en mí, pero yo creo que si es así, lo heredé de ella.

Amparo murió a los noventa años y cuatro meses justo, el 14 de julio del 2012. Con la entrevista que le hicimos aquella tarde de marzo creo que le estaba dando un cierre a su vida. Fue una de las últimas veces que la vi tan entusiasmada. Luego de su cumpleaños número noventa se fue apagando, muy de golpe. Se fue en la cama de un hospital una noche de invierno después de solo un día de internación. Yo creo que ella sabía que no se iba a quedar recluida en un hospital de ninguna manera. Estuvo internada únicamente un día y se aseguró despedirse de todos sus hijos y nietos. Sabiendo de alguna manera que iba a dejar un gran vacío, se aseguró de no “abandonarnos”, se despidió de todos y cada uno de nosotros. Se fue con sus manos sostenidas por su hija Norma y por la mía.

Recuerdo que cuando sucedió esto yo estaba muy consciente de lo que estaba pasando, de que se estaba yendo. Quizás haber perdido a mi propia mamá de manera tan sorpresiva me había advertido de la posibilidad de esta pérdida. Mi mayor inquietud era tener la seguridad de que ella se fuera acompañada. Yo solo quería tomar su mano y aunque el último paso a dejar la vida lo tuviera que dar sola –es un paso que inevitablemente todos vamos a dar en soledad–, no quería que se sintiera desamparada. Así que, a pesar de la tristeza y lo difícil del momento, yo sabía que iba a dejarla ir y que iba a estar a su lado acompañándola. Se fue en paz con todos, pero sobre todo con ella misma.

En el 2015 nació mi hijo, se llama León y nació el mismo día de su cumpleaños. Pienso en su fecha de nacimiento como un guiño del destino y trato de imaginar que él va a heredar mi historia, la historia de su mamá, la de su abuela y la de Amparo. Él también es heredero de esa historia.

*¿Le gustaba a Amparo contar lo que había vivido? ¿Supiste si alguna vez escribió o tuvo la idea de escribir sus memorias?*

Este es uno de los principales motivos por lo que me interesa que parte las vivencias que hicieron que Amparo sea quien fue se conozcan más allá de su familia. Ella nunca escribió sus memorias. No sé por qué. Imagino que no les daba el valor testimonial que tenían y tomaba sus valiosas experiencias tan solo como anécdotas de cosas que le habían sucedido.

Pero yo, siendo su “hija-nieta”, habiendo vivido mi primera infancia con un golpe militar que dejó el saldo de 30.000 desaparecidos y habiéndome formado como oyente de los relatos de los protagonistas de la guerra y del exilio, me siento convocada a rescatar el valor del testimonio en la historia de todos.

Hoy la recuerdo y pienso que me faltaron con ella tantas charlas, tantas cosas quisiera contarle, preguntarle, compartirle, pero sobre todo agradecerle. Agradecerle su amor y su valentía, agradecerle que esa necesidad de ampararme haya sido más fuerte que cualquier dificultad que tuvo que pasar. Crió a una nena huérfana de 4 años cuando entraba en su vejez, en la etapa de ser abuela, cuando tendría que haber disfrutado del descanso, de ser cuidada por los demás. Sin embargo se embarcó en la tarea de ser mamá, la mamá que a mí me estaba faltando, la que me iba a faltar siempre pero que con su presencia esa ausencia se hacía menos gigante. Hoy pienso en ella y me impregno de ese recuerdo tan nítido que ella me supo transmitir, porque la nitidez de esa imagen se debe a la emoción intacta de ese desamparo que vivió y que sospecho que se le habrá presentado cuando me tocó vivirlo a mí y a ella le tocó tomar la decisión de adoptarme. Por eso creo que en gran parte, no solo por las vivencias de mi mamá Elena o las de mis abuelos, sino por las vivencias de mi mamá Amparo, soy yo también consecuencia de esa guerra y de ese momento bisagra en su vida. Y por eso le voy a estar eternamente agradecida.



Amparo en la fuente de Torrechiva, Valencia.